



RELATOS

EMBERÁ KATÍO Y EMBERÁ CHAMÍ
PUERTO BOYACÁ
COLOMBIA

RELATOS EMBERA CHAMÍ Y EMBERA KATÍO DE PUERTO BOYACÁ COLOMBIA

Comunidad embera katío

Comunidad embera chamí Motordochake Alto
Nacaberdua

Recopiladores de historias: Adán Restrepo
(embera katío), Dagoberto Leiva (embera
chamí), Greiso Leiva (embera chamí)

Editor: Juan Manuel Díaz Santamaría
Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Geografía
2020



PRÓLOGO

El conflicto armado colombiano ha transformado las dinámicas sociales y territoriales del pueblo embera en Colombia. Se estima, según las cifras de las organizaciones indígenas, que entre los años 1985-2012 han sido expulsados 36.199 embera; esto representa el 30% de una población de 181.405 personas, hoy en día distribuidas en 17 departamentos y 124 municipios del país. Durante el destierro las familias embera son arrojadas a ciudades capitales e intermedias donde experimentan procesos de exclusión que los obliga a instalarse en lugares marginales, sin poder articularse con las cadenas comerciales y las dinámicas de los escenarios urbanos.

Así mismo, se ha deteriorado su vínculo

con el territorio, autonomía alimentaria y productiva, así como se han transformado los roles de género, convirtiéndose en objeto de prácticas y discursos de estigmatización y racismo. A pesar de la oferta institucional de carácter jurídico y territorial que se ha desarrollado en el marco de la ley de víctimas y restitución de tierras (ley 1448 de 2011, decreto 4633 de 2011), las sentencias y órdenes por restablecer derechos de las comunidades embera a través de la Corte Constitucional y de las salas especializadas de Restitución de Tierras, aún se mantiene la marginalización, la violencia, las amenazas y el desplazamiento forzado.

Uno de los lugares donde hay asentamientos embera derivados del conflicto armado es Puerto Boyacá, conocido históricamente como la capital antisubversiva de Colombia y uno

de los municipios donde opera la industria de hidrocarburos desde las primeras décadas del siglo XX. Durante la década de 1980 se formaron grupos paramilitares que recibieron apoyo logístico del Ejército Nacional, el gremio ganadero y el narcotráfico con el objetivo de iniciar una guerra antisubversiva que arremetió en contra del frente 4 de las FARC, la economía campesina, la tenencia de tierra y los líderes políticos. Ya en la década de 1990 se había organizado una estructura paramilitar regional del Magdalena Medio que se nutría de los grupos de Puerto Boyacá.

El recio control paramilitar en Puerto Boyacá organizó el territorio y reunió la industria de hidrocarburos, el narcotráfico, la ganadería, el crecimiento urbano y una pequeña economía campesina. Paralelamente, este escenario recibió miles de víctimas, del conflicto

armado, desterradas de la guerrilla de otras regiones del país. Asimismo, las dinámicas económicas atrajeron miles de trabajadores rurales que se emplearon en los cultivos ilícitos y las haciendas ganaderas.

Desde la década de 1960, Puerto Boyacá y el sur del Magdalena Medio, fueron referentes laborales de las comunidades embera del Alto San Juan ubicadas en la frontera de Chocó y Risaralda. La oferta laboral agrícola fue resultado del proceso de colonización que bordeó las zonas de exploración y extracción de hidrocarburos desde la década de 1930. Más adelante, en 1970, la implementación de la reforma agraria tituló 31.243 hectáreas a 613 familias en Puerto Boyacá. La formalización de la economía campesina aumentó la migración laboral de los indígenas del Alto San Juan a Puerto Boyacá. Cuando ingresaron los grupos

guerrilleros a Alto San Juan (década de 1990), docenas de familias indígenas se desplazaron y arribaron a aquellas zonas donde tenían algún vínculo laboral, como Puerto Boyacá. Más adelante, (década del 2000), los grupos paramilitares arremetieron contra las comunidades indígenas de Alto San Juan. La guerra incrementó el destierro y desarraigo de las comunidades embera.

Para el año 2002 se reconoció una parcialidad y cabildo embera chamí-katío en el municipio de Puerto Boyacá. El reconocimiento derivó en acciones institucionales para contrarrestar la situación de pérdida de cultura, hacinamiento y extrema pobreza, lo que derivó en enfermedades cutáneas, fiebres, inflamaciones y desnutrición en la población, la cual, además, carecía de acceso al sistema de salud. La atención facilitó su

reubicación transitoria en un predio rural de 57 hectáreas que sirvió como refugio. Para el año 2005 Puerto Boyacá contaba con 285 emberas distribuidos en 37 familias según cifras del Censo Nacional.

La reubicación de las familias, reconocidas como parcialidad indígena, permitió que se formara la comunidad Motordochake alto nacabera que se traduce como “tierra nuestra de quebradas de piedra blanca [en honor al mayor] Nacabera” (en adelante Motordochake). En el nuevo asentamiento, los miembros de la comunidad se rearticularon a las dinámicas de Puerto Boyacá, bajo un modelo colectivo que transformó las experiencias de sufrimiento e inauguró nuevas relaciones a nivel territorial. No obstante, la reubicación fue una medida transitoria, pues esta se adquirió bajo la figura

jurídica de comodato, un contrato de uso y préstamo de un inmueble que no deriva en la titularidad del mismo. Es decir, los derechos de propiedad han permanecido en el gobierno municipal.

En el año 2012 ocurre un homicidio de un jaibaná en la comunidad Motordochake. Los jaibanás, son los mediadores entre el espacio onírico-espiritual y el espacio comunitario, dan cuenta de los grados de solidaridad y conflicto de una comunidad embera. El homicidio provocó la separación de la comunidad en un grupo chamí y otro katío. Desde entonces, hay dos grupos embera que viven bajo condiciones de miseria e informalidad que han generado sentimientos de pertenencia en Puerto Boyacá.

El presente documento reúne un conjunto de

relatos de las familias embera chamí y katío para ilustrar cómo se percibe, interpreta y experimenta el destierro y desarraigó en Puerto Boyacá.

Este documento contiene una serie de insumos para contextualizar los relatos; cartografías del Alto San Juan, Puerto Boyacá y Motordochake que se complementan con una línea del tiempo de acontecimientos. Los elementos permiten espacializar los relatos y ubicar temporalmente el destierro y desarraigó de las familias embera chamí y katío con el objetivo de brindar una herramienta que facilite la comprensión de su problemática y evite procesos de revictimización que insistan en la narración de acontecimientos que muchos y muchas no desean rememorar frecuentemente.

El documento hace parte de la investigación “Producción de comunidades y territorios ambivalentes. Entre el reconocimiento y la repulsión de las familias embera asentadas en Puerto Boyacá, Colombia” para optar por el título de maestría en geografía de la Universidad Nacional de Colombia. Este proyecto hace parte de la beca de investigación Orlando Fals Borda 2018 de la Facultad de Ciencias Humanas y contó con un trabajo de campo de 4 meses entre los meses de marzo, mayo, junio y agosto del 2019 en el municipio de Puerto Boyacá.

El trabajo de campo fue de corte etnográfico, compuesto por un proceso de observación participante en las dos comunidades donde se recogieron historias de vida y construyeron de manera participativa líneas de tiempo y cartografías sociales sobre diversas

temáticas. Así mismo, se solicitó apoyo de dos asistentes de investigación, jóvenes letrados de cada comunidad, que realizaron la recolección de relatos sobre el destierro, desarraigo y territorialización entre el Alta San Juan y Puerto Boyacá.

HISTORIA DE MI PUEBLO (autor Greison Leiva)

Esta es la historia de mis abuelos los primeros que llegaron a Puerto Boyacá hace muchos años, en ese entonces se conocía como Puerto Gutierrez o Puerto Machete, un pequeño Puerto sobre el río Guaguaquí en la desembocadura del río Magdalena. Belarmina y Juan Leiva, se conocen en Puerto Araujo (Cimitarra, Santander) y juntos se van para la vereda Guanegro de lo que hoy es Puerto Boyacá. Juan Leiva, aserraba y cultivaba

maíz, ajonjolí y arroz, mientras que Belarmina realizaba tareas de cocina. En Guanegro instalaban campamentos en las fincas que se los requería, en ese entonces se le pedía permiso al patrón para construir un rancho de madera y hojas para que viviera toda la familia el tiempo que viera conveniente el patrón.

En Guanegro tuvieron su primer hijo, Juan Celestino, y adquirieron un pequeño lote sobre el río Guaguaquí. Mientras trabajaban, Juan Leiva intercambiaba con los demás embera que trabajaban en el área, allí le contaban sobre las abundantes tierras del río San Juan en Santa Cecilia (Pueblo Rico, Risaralda), uno de los embera decide venderles tierra y se van para allá. Pero los nativos de Santa Cecilia no querían a Juan Leiva, era un embera sin conocidos en la región, leizaron la finca

recién adquirida y le metieron una puñalada. Los Leiva tuvieron que retornar al Magdalena Medio, esta vez se instalaron nuevamente en Guanegro y lograron tener un pequeño lote en lo que hoy se conoce como vereda Los Naranjos. Pero, en esa época, se formó la violencia en Boyacá. Los Leiva y todos los jornaleros embera del área se desplazaron a Puerto Berrió en Antioquia, cuando la violencia llegó a Berrio se desplazaron de nuevo a Los Naranjos, pero, esta vez, los Leiva no amañaron.

Después de la guerra los Leiva se fueron de nuevo a San Juan a ocupar y rescatar la tierra adquirida en el pasado, allí nacieron seis hijos en la vereda Fiabra. Nuevamente la sociedad indígena no los recibió, se vieron forzados a vender la tierra y así parten al Cauca, al río Naya. Allá vivieron varios años, pero tras un

tiempo, regresaron a Risaralda y después al Magdalena Medio. Esta vez se dirigieron al río Ité entre Puerto Berrio y Remedios, Antioquia. En Ité, abrieron la selva y se instalaron en una comunidad embera, hasta que fueron masacrados por la guerrilla que operaba en el área, allí muerieron dos de sus hijos. Los abuelos Juan y Belarmina decidieron, de la mano del yerno Saulo Dovigama, que es mi padre, regresar al San Juan en las cercanías del corregimiento de Santa Cecilia sobre la quebrada Amurrupá, en una tierra con mucha culebra, por eso le decíamos damandó, río de culebras. Allí se encontraron los Leiva con la familia Dovigama y Tanigama y compartieron morada durante siete años, al menos diez familias.

Pero en 1990 fueron masacrados los hombres de Amurrupá en Santa Cecilia, allí murió

mi abuelo Juan Leiva y mi padre Saulo Dovigama. Todas las familias se fueron a Puerto Boyacá guiadas por los hermanos de Saulo. Cuando llegamos nos repartimos sobre el río Guaguaquí y comenzamos a sufrir por no tener un territorio.

GERARDO LEIVA (testimonios de Gerardo y Carmelita)

Soy el cuarto hijo de Juan Leiva y Belarmina, nací en la vereda Suarragá, eso es de Pueblo Rico para arriba, sobre el río Punda que desemboca en el río Tatamá. Allá, antes había mucho chamí, hoy en día, es pura hacienda ganadera. Mi papá nació en Garrapata, Valle del Cauca. Éramos siete hermanos Juan Celestino era el mayor, seguía María Inés, Pedro Pablo, yo, Ermilda, Agustín y María Paulina.

Hoy solo quedamos tres, los demás los acabó la violencia: a Juan lo mataron en Ité a mi papá y Pedro en Santa Cecilia, a María Inés la mataron en Risaralda en el río Tatamá. Yo no me acuerdo de la época de Suarraga, pero si de la vereda Fiabra, eso queda vía Santa Cecilia, arriba de la Unión antes de llegar a Santa Cecilia. Antes, nosotros vivíamos “individual”, en la selva, es decir, cada familia aparte. De niños ayudábamos a limpiar la platanera en una tierra que era propia de mi papá, él se metió a la selva y limpió un claro donde vivimos.

A mis siete años, mi papá vendió la finca en Fiabra a un paisa que llegó. Con la plática fuimos a la desembocadura del río Naya en la costa. Allá, sólo era negro, como selvático, no les gustaba ver blancos. Ellos nos dieron casita y una tierra para trabajar. Pero nos fuimos



de la costa del Naya (porque era muy lejos todo), un día, de camino, para conseguir sal. Entonces mi papá hizo un contrato con un negro y con una plática nos fuimos a Huisitó, al 20, al Tambó y después regresamos a la finca, en Fiabrá.

Como mi papá vendió, tuvimos que pedirle permiso al paisa, el señor era muy formal y, nos dejó ocupar. Mi papá hizo una casa de madera y hojas. Yo me fui a vivir a

la casa de la señora paisa, porque me daba mucho cariño, me tenían ropa, zapatos, todas las cositas, yo no sufria, por eso me amané. Mi papá y hermanos se fueron para Puerto Boyacá, llegaron al río Guaguaquí, la quebrada Chávez, Terán y Patevaca y dieron vueltas por esos ríos. A los dos años visité a la familia en Puerto Boyacá, allí trabajé, pero era muy duro y no amané, por eso regresé a Fiabrá. Después nos encontramos con Juan Celestino en Fiabrá y me dijo que se iban a Ité, porque estaba como bueno, había tierra.

La mujer con la que estoy ahora se llama Carmelita, ella primero fue esposa de mi hermano Juan Celestino, por eso ella sabe más de Ité.

CARMELITA: Nací en Guarato en el límite entre Chocó y Risaralda por la vía Tadó-Pueblo

Rico. Mi hijo mayor Joaquín nació en Fiabra, le siguió Amanda que nació en Patevaca, después Alfonso y Luis Fernando en Ité. En Ité vivimos seis familias. Los hombres abrieron un claro en el monte sobre una quebrada de agua clarita que desembocaba en el río. En Ité había muchos indígenas embera que venían de Andes y Jardín (Antioquia), teníamos una tierra buena, grande y hasta 20 mulas, pero llegó la guerrilla y mató a mi marido Juan Celestino, también a mi hijo Joaquín y dos cuñados: Pedro y Agustín. Juan Celestino dejó viudas a dos mujeres María Ligia y mi persona, porque en ese tiempo algunos hombres embera tenían de a dos esposas.

Después de la masacre nos fuimos para Risaralda de la mano de Saulo Dovigama quien era el marido de Ermilda. Todos nos fuimos para la vereda Amurrupá cerca del

corregimiento de Santa Cecilia. En Amurrupá me junté con Gerardo y tuvimos un hijo, Gerardito.

GERARDO : Mi primera mujer es Noemí, ella vive hoy en día en Puerto Boyacá, creo que por la vereda Calderón, no sé bien, porque nos sepáramos hace un tiempo. Noemí es de Santa Cecilia que queda hacia arriba sobre la quebrada Itaurí. Con ella tuvimos nuestro primer hijo que nació en la vereda Cabañas eso es río Tatamá y después nacieron Miriam, Leonardo y Robeiro en la vereda Amurrupá. La última es Claudia Patricia que nació en Puerto Boyacá en la vereda Patio Bonito.

En Amurrupá, no tenía finca y por eso no quería estar allí, pero Saulo que era de allí, me invitó a abrir una selva y en una socola grande abrimos el claro y sembramos. Allí vivía toda

la familia de Saulo: los Dovigama. Allá había mucho cultivo, una tierra muy bonita, había borojó, chontaduro, aguacate, plátano, maíz y yuca. En Amurrapá nos quedamos “quieticos”, vivíamos muy bien, hasta que la violencia mató a mi papá, el hijo de Carmelita Joaquín, el papá y hermano de Ubaldina Tanigama. Todos murieron en días diferentes. Primero murieron los Tanigama, después mataron a Saulo, a lo último mi papá y después Joaquín. Por eso, todos nos fuimos a Puerto Boyacá, la familia Leiva, Dovigama y Tanigama. Yo me quede dos años más en Risaralda y me fui para Agüita, allí estuve en el cabildo. Pero me comenzaron a investigar y me dijeron: “usted es el sobrado de esa familia”, me tuve que ir, eso fue como el Ejército Revolucionario Guevarista que antes era el ELN.

Cuando llegué a Puerto Boyacá un señor me

llevó a trabajar a la vereda Patio Bonito. Nos fuimos con la familia del hijo de Carmelita, Luis Fernando, que estaba casado con Doreliza. Pero, un día Luis Fernando no volvió, lo desaparecieron, no pudimos decirle a nadie porque los paracos mandaban y era mejor estar lejos de ellos. Después nos fuimos al caserío Puerto Romero y pagamos arriendo en una casa. Trabajábamos limpiando platanera y cuidando ganado, allá duramos como cinco años. En esa época los demás (Dovigama, Tanigama y mi hermana Ermilda) estaban en una isla sobre el río Guaguaquí muy cerca de Puerto Romero.

En Puerto Romero, la inspectora me decía que si era capaz de trabajar en una comunidad indígena. Pero no era fácil, pues la zona era muy peligrosa por los paracos. Una vez, en Romero, andaban cuatro comandantes de los

paras, ellos veían mi conducta y decían este señor no se mete con nadie, me decían “cacique” y me emborrachaban para investigarme. Los paracos nos dejaron vivir en Puerto Romero y desde ahí no tuvimos problemas con ellos, como éramos desplazados por la guerrilla nos dejaron estar en Puerto Boyacá.

Después me fui al barrio Las Brisas sobre la orilla del río Magdalena en el casco urbano de Puerto Boyacá, porque Arturo que es hijo del finado Juan Celestino, me dijo: “tío, ¿para qué paga arriendo? végase acá a la orilla del río y hace su rancho”, entonces hice mi ranchito. Después llegó Manuel Dovigama y sus hijos, los katíos del Chocó. Cuando llegaron los “manueles”, estaban encerrados en un cuarto pequeño pagando arriendo, les entrevisté y les dije: ¿por qué no se vienen a la orilla del río, a mi casa?.

En la orilla del río Magdalena duramos como tres años. Me dijo el alcalde Luis Eduardo Álvarez; “este señor va a hacer una comunidad, pero tiene que hablar con el comandante paramilitar Botalón”. Entonces, me fui a un bazar, nos entrevistamos con los comandantes, ellos dijeron: “este señor va a hacer una comunidad en el Magdalena Medio, una región donde hay familias indigenas regadas, él las va a recoger y reunir”. Entonces nos pusimos a luchar con mi sobrino Arturo, porque el resto andaba regado haciendo contratos en las haciendas. Me llamaron de Tunja y estuve 15 días de capacitación para manejar de líder. Regresé a Puerto Boyacá y el alcalde Luis Eduardo Álvarez vino con la Red de Solidaridad. Tuvimos reunión con el consejo municipal y me dijeron “¿dónde está la comunidad?” yo estaba recogiendo, la mayoría eran de los manueles, porque el resto

estaba disperso y no creían que iban a dar tierra.

Yo hacía reunión en la orilla del río y el alcalde Álvarez dijo: "este es, él es el cacique, él habla bien español y traduce". Entonces me monté con la Red de Solidaridad y dije: "oiga necesitamos una tierra queremos trabajar en finca y no tenemos cómo sostener hijos en el pueblo". Entonces, nos dieron una tierra por Cielo Roto en la Serranía de Las Quinchas, "eso es de ustedes", decían. Resulta que, como yo hablaba mucho, les dio como vaina, porque en esa época sembraban mucha coca. Entonces algunos dijeron ese cacique se va a poner a sembrar coca en esas tierras. Entonces, no la dieron, porque le dijeron al alcalde eso.

Entonces, nos llevaron al sector de Matarratón donde vivían unos isleños que

eran desplazados por una inundación. La finca era puro rastrojo, por eso el alcalde decidió darnos la tierra, porque los isleros no quieren trabajar. Ahí comenzamos a recoger a todo el mundo y formamos la comunidad Motordochake Alto Nacaberadua. Yo fui el primer cabildo que organizó la comunidad de doce familias. Al año, comenzaron a llegar todos los demás y nos reunimos 25 familias allí. Sembramos miles de palos de yuca y comenzamos a limpiar el rastrojo, en adelante todo era cultivos, no había rastrojo. Después, me fui para el lado del río Negrito y, despues, para Antioquia, combre tierra de 3 hectáreas en Aquitania corregimiento del municipio de San Francisco por la cuenca del río Claro.

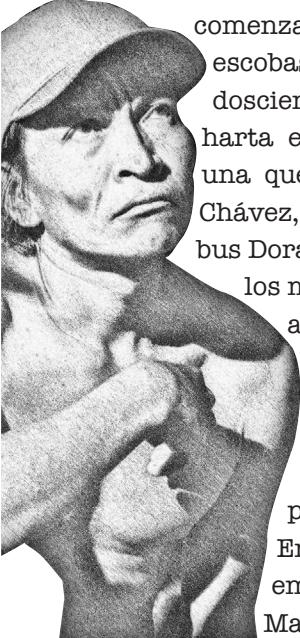
JUAN TANIGAMA (testimonios de Juan y Rosa)

Yo nací en Putumayo, así como mi hermana Ubaldina. Amilbia que es la mayor si nació en Risaralda. Yo no sé cuántos años tengo, nosotros sacamos la edad al ciego. Nos ayudó el concejal José Navid, en Puerto Boyacá. Trajo un doctor y nos puso la edad, en esa época vivíamos en Puerto Romero, él hizo que nos sacaran cédula a todos para poder votar. Ahí comenzamos a ser ciudadanos. Ya indio que comete errores va de una a la cárcel.

Mi historia es así: Mi papá se fue a Santa Cecilia pero allí no demoró. Después, se fue a Terán-Patevaca eso ya es entre Yacopí (Cundinamarca), y Puerto Boyacá, allí todos nosotros andábamos. Tenía la edad como de ocho años y el trabajo era rozar potreros,

fumigar, pero no fumigaba con tractores, fumigaba con uno de mano que cargan las mulas con dos termos: uno de aire y uno de agua. Yo iba al pie de mi papá, porque él no me dejaba en la casa, siempre me llevaba, allí vino a Nacer Luz Mery y otra vez nos fuimos a Santa Cecilia. Mi papá trabajaba en Ciguepa, no tenía tierra, pero tenía mucho amigo negro que lo contrataba. De ahí, nos fuimos por un caño que llaman el Amurrupá, Allá, el negro le dio un pedazo de finquita para que trabajara y, hacia arriba, hacia contratos. Entonces, él entregó a mi hermana Amilbia con Vicente, ahí fue donde fuimos a conocer a los Dovigama y Leiva. Pero, no demoramos mucho en Amurrupá, en un amanecer de domingo; dos muertos: mi papá y hermano.

Después de la muerte de mi papá, Vicente nos llevó de nuevo a Patevaca, él también conocía



porque trabajaba mucho allí y nosotros también, además estaba Feliciano que era hermano de Vicente. En Patevaca comenzamos a hacer muchas escobas que vendíamos a doscientos pesos, hacíamos harta escoba. Vivíamos sobre una quebrada que se llamaba Chávez, allí había una ruta de bus Dorada-Patevaca. Nosotros, los más pelados, nos íbamos al puente, sobre el río Magdalena, a vender Limón a 10.000 pesos el bulto pero, le metíamos totumos para que pesara más. En esa época había más emberas: estaba don Manuel Morales, en los

Naranjos, tenía tierra propia e íbamos con mi mamá a coger maíz. Todas las familias vivían en la finca del hermano de Don Manuel, él nos daba trabajo sembrando plátano, maíz y papaya. En esa época no quemábamos carbón, sólo agricultura. Después, Vicente, Dilio y Feliciano compraron una isla cerca a Puerto Romero de una finquita del viejo Lizarazú, allí crecimos y comíamos mercado del señor.

Dilio era mayor y comenzó a andar, se consiguió un contrato y como los embera son como el cafuche, donde coge uno cogen todos. Al ver que le fue bien, seguían más contratos y se repartían contratos para todos, buen patrón. Una vez, Feliciano nos dijo: "vamos a trabajar, camine que yo lo llevó y enseño", fuimos al cuadradero del pueblo, cuando eso, daban trabajo a todo el mundo. Así, nos cuadramos para el lado de La Nutria a volear

rula, pagaron muy bien eso en Cimitarra, Santander. Me fui porque el viejo Feliciano tomaba mucho trago. Después volví donde Lizarazú y me junté con Rosa. Después de andar y trabajar le dije a la suegra y cuñados que quería estar con Rosa.

Después, salió lo del Motordochake, pero nos aburrimos y nos fuimos a Pereira con Rosa y mis hijos. En Pereira duramos casi seis meses. Me fui como desplazado, el cuñado me dijo: "vámonos para allá porque como desplazado eso le pagan y usted es desplazado porque a su papá lo mataron". Yo copié eso y le dije: "mija, vámonos como desplazados", entonces, fui y declaré en Comfamiliar. Al mes me llegó plata. Rosa declaró aparte, pero a ella le llegó rechazada y volvió otra vez hasta que coronó, a Rosa le llegó, una vez, una ayuda. A mí, la ayuda me estaba llegando cada tres meses,

nosotros retiramos en total casi como tres millones. Hace tres años no recibimos nada, nos dicen que ella tiene que ir a Dorada, a mí me queda hacer la vuelta en Pereira.

ROSA: Yo no amañé en Pereira, porque teníamos que vivir muchas familias en una sola casa. Pagábamos agua y luz y, como en la casa vivían casi toda una tribu, se gastaba el mercado del otro, había mucho problema. También, como allá es gas natural, cuando no se paga eso lo van mochando y no se podía cocinar, no amañé.

Allá se vive es de limosna, a mí me llevaron a limosnear una vez, las mujeres me invitaron y como no teníamos nada, mientras llegaba la plata de víctimas, me fui con las mujeres del cuñado a mendigar, entonces me fui a pedir a las casas, a mí no me dieron nada, decía señor

colabóreme con alguna cosita para la comida y me daban plátano o algo así. En un momentico me embolaté y me dejaron botada, yo iba con dos niños y estaba lejos de la casa, no sabía cómo llegar. Las mujeres se fueron adelante y se metieron por otro barrio, yo me quedé en una casa dando aguapanela al niño y ellas me dejaron, me puse a llorar y un señor me dijo como coger el bus 25 hacia el barrio las brisas en Pereira.

En Pereira yo miraba como la cuñada tejía la chaquira y me regalaban los diseños y ahí aprendimos. Los diseños



que no éramos capaces de hacer, la compañera decía: "hágale así, mire bien que ahí está la plática". Cuando volvimos a Boyacá, traje chaquira y comencé a hacer, así aprendieron las mujeres de por acá el arte, antes las mujeres solo hacían canastos y escobas, pero ya no compra nadie eso. Cuando era niña si compraban bastante y mi mamá me decía aprenda, ya se me olvidó hacer canasto. Antes como la gente sembraba mucho maíz se vendían canasto para cargar. Pero, cuando llegó lo de la coca en las Quinchas se acabó el maíz y los cultivos, entonces ya no se vendían los canastos y sufrimos hambre, por eso, nos metimos a eso de raspar coca en la vereda San Tropel eso es Cimitarra, Santander cerquita de la vereda India, allí llevamos un niño pequeño y después que cayó la fumigación se me murió.

MANUEL DOVIGAMA (autor Adán Restrepo)

15 años.

Nació en la vereda Cinto del corregimiento de Santa Cecilia (Pueblo Rico, Risaralda). Manuel vivía con su tío materno Ismael desde sus seis años de edad. En ese entonces, ayudaba a su tío a hacer trampa para pescar y usar cerbatana para cazar animal de monte de día y de noche. A sus 12 años, Manuel aprendió a cazar, pescar, tumbar monte, cultivar toda clase de alimentos en misión y visión de trabajo y convivencia.

Manuel se casó, entre los 16-17 años, en el territorio de Conondó (Bagadó, Chocó), allí vivió con su pareja, suegros y cuñados. Despues, Manuel y su esposa fueron a la vereda Avelino, sobre el río Condoto (Tadó, Chocó). Allí comenzaron a abrir la selva, cultivar y adecuar el hogar durante al menos

Después se formó el resguardo de peñas del Olvido en la desembocadura del río Condoto en el río San Juan. En el resguardo, Manuel construyó su casa y comenzó a cultivar y cazar nuevamente. Allí crecieron los hijos e hijas de Manuel y adquirieron pareja, Manuel quedó solo con su esposa y siguió trabajando en el resguardo. Luego Manuel consiguió otra esposa y se fueron para la vereda Silencio, en el mismo municipio (Tadó, Chocó). Entonces, abrieron la selva y cultivaron plátano, yuca, maíz, aguacate, caimito y chontaduro.

Manuel y su familia vivieron al menos cinco años en Silencio, pero desistieron de seguir allí y regresaron al resguardo para recuperar sus cultivos abandonados. Despues empezó la violencia entre paramilitares y guerrilla

en la región. Con ese miedo se desplazaron 3 familias y 20 personas en el año 2000 a La Dorada (Caldas). Llegaron al parque la Iguana, allí amanecieron un par de días hasta que encontraron arriendo. En La Dorada las mujeres mendigaron calle por calle, barrio por barrio y los hombres pescaban en el río Magdalena. Después las familias se desplazaron a Puerto Boyacá y se quedaron en el parque Jorge Eliecer Gaitán mientras buscaban arriendo.

En Puerto Boyacá, Manuel se encontró un amigo,



Gerardo Leiva, quien llevó a Manuel y sus tres familias a la orilla del río Magdalena en el barrio de invasión las Brisas. Manuel y sus familias construyeron una casa y los hombres empezaron a buscar trabajo y jornalear. Manuel y el resto de familias vivieron en ese sector dos años, después hubo una creciente del río que obligó el desalojo del rancho, la inundación provocó la reubicación de las familias en un sector conocido como Matarratón y que después fue Motordochake. Allí vivieron 12 años.

HISTORIA LINA

Lina nació sobre el río Andágueda (Bagadó, Chocó), su papá era de allí y su mamá de Burbatá (Tadó, Chocó). A los seis años, su papá murió por la mordedura de una culebra, entonces la recogió el hermano de su mamá y se la llevo a la quebrada Burbatá. De niña le ayudaba a la mujer del tío a traer agua, después comenzó a cocinar, cargar leña, moler maíz, tejer canastos y lavar ropa, pero no duró mucho con ellos pues, su tío, murió por una mordedura de culebra. Por eso motivo, la recogió otro tío y la llevó a municipio Cértegui (Chocó) y se fueron a la vereda Pared en una embarcación. Lina no se amañó, tan solo duró una semana, entonces se fue con una vecina a la cabecera municipal de Tadó. Allí le dieron posada por un día y luego fueron a Playa de Oro, (Tadó, Chocó), donde la recogió

su hermano mayor Benjamín. Él la entregó al misionero, al principio trabajó con las monjas, luego entró a estudiar en el internado.

En Playa de Oro se enamoró de Armando. Se les permitió casarse en la iglesia. Tras casarse, Armando construyó una casa en Playa de Oro, allí vivieron mientras jornaleaba en las fincas de los libres. Luego Lina y su marido se fueron donde el suegro, a la quebrada Yarequy, allí hicieron finca y cultivaron, pero seguían regresando a Playa de Oro.



En esa época Lina tuvo siete hijos, luego Armando murió, Lina duró soltera poco tiempo, porque después conoció a Mariano que era del resguardo de Peñas del Olvido. Mariano la llevó a la vereda Alto Silencio, allí construyeron casa y cultivaron ñame, banano, plátano primitivo y criaron tres hijos. Con Mariano, Lina comenzó a ir a la vereda Avelino, allí tenían una casa y cultivos, su vida transcurría entre Peñas del Olvido, Avelino y Alto Silencio. Hasta que las casas comenzaron a ser ocupadas por la guerrilla. Después mataron a Mariano y Lina quedó sola cuidando a sus nietos en Peñas del Olvido. Lina llegó a Puerto Boyacá, porque dos de sus hijas se casaron con hijos de Manuel. Lina vio que el Chocó no era una región segura para sus nietos y decidió reunirse con sus hijas en Puerto Boyacá.

JOSÉ VICENTE DOVIGAMA (autor Adán Restrepo)

José Vicente nació sobre el río Condoto en la vereda Avelino, fue criado por su padre Manuel y madre Alejandrina. A sus ocho años comenzó a trabajar con su papá, cargaban maíz del lugar de corte a la casa, luego lo desgranaba e iba a pescar. Él hacía trampas y a los 10 años comenzó a cazar pájaros y ardillas con cerbatana o bodoquera con veneno. A los 12 años cazaba con escopeta, con el tiempo, dejó de cazar para dedicarse al cultivo de maíz y plátano, socolando con su padre.

José Vicente cogió mujer y vivió cinco meses con ella. Un día su suegra fue a recoger a su mujer y José Vicente no quiso ir con ellas, por eso consiguió otra mujer llamada Ernestina quien provenía de la vereda Gito (Pueblo Rico,

Risaralda). Al casarse, se fueron durante un mes a Gito. Allí, limpiaron los cultivos de los suegros y volvieron a Avelino, donde Manuel. Después fueron a la vereda Silencio, abrieron el monte y construyeron una casa. José Vicente cogió un lote aparte, para sembrar plátano, maíz, yuca y frijol. Después construyó una vivienda y tuvo su primer hijo con Ernestina, Wilson. En Silencio trabajaron seis años y después se fueron a la cabecera del río Andágueda en Cuajandó. Fueron a conseguir tierra

y, cuando la consiguieron, volvieron donde Manuel y sus hermanos, los invitaron a Cuajandó, una tierra prospera.



Entonces, las familias comenzaron a trabajar entre los cultivos y casas de Silencio y Cuajandó, iban y volvían. Así, duraron dos años hasta que murió un niño de 9 años y un joven de 16 en Cuajandó por mordedura de culebra, eso los aburrió y volvieron a Silencio. Después, en Silencio murió un hijo de Ernestina y José Vicente. Ya, cansados, fueron a trabajar en la finca Agua

Bonita de un patrón paisa. Esa finca la administraron por dos años hasta que el INCORA la compró y se formó el reguardo Peñas del Olvido. Agua Bonita era una finca del patrón Arturo, él compró todas las tierras del río Condoto a toda la familia de José Vicente, tíos, padre, Manuel, y cuatro familias más. Toda esa tierra fue vendida a bajo precio, todo fue un regalo, porque no sabían de dinero, por eso se fueron a Silencio.

El patrón Arturo nunca estaba en la finca, él vivía en Pereira y permitió a José Vicente y su familia vivir en Agua Bonita y cuidar las 400 cabezas de ganado que tenía. José Vicente le trabajó al patrón por 6 años, allí pudo sembrar borojó, plátano y chontaduro. A los 17 años, José Vicente conoció la guerrilla en Agua Bonita, su esposa Ernestina le avisó que llegaron dos personas del monte. Tenían

pañuelos rojos, eran bien altos y portaban buenos fusiles. Entonces arrimaron y preguntaron ¿de quién es el ganado?, José Vicente respondió: del patrón, nosotros solo administramos; son 400 reses y 14 mulas. ¿Cada cuántos días viene el patrón?, cada mes viene, nosotros queremos charlar con él. Y preguntaron a José Vicente ¿saben quiénes somos?, no señor. Somos la Chusma. José Vicente se comunicó con el patrón quien bajó a los 15 días, el patrón dijo esos son los muchachos del monte, yo no voy a pasárselos nada, entonces el patrón le pagó a José Vicente y regresó a Pereira.

A los dos días volvieron los negros y preguntaron que pasó con el patrón, José Vicente indicó, se fue. Al otro día llegaron dos camiones y se llevaron el ganado del patrón, solo quedaron 12 reses porque estaban muy

ariscas y cuatro mulas. Entonces el patrón inició los trámites para vender al INCORA, se aburrió porque la guerrilla no lo dejaba trabajar. Así se formó el resguardo Peñas del Olvido y el caserío de la comunidad se ubicó en la antigua finca del patrón de Don Arturo que antes eran las tierras que Manuel, José Vicente y otros embera habían vendido a bajo costo.

A lo último hacían reunión tres grupos FARC, ELN y ERG en Peñas del Olvido y los demás resguardos de la región. Las comunidades de Risaralda ya habían embarcado al menos de a dos muchachos a la guerrilla. Cuando un padre no quería que sus hijos se enlistaran en la guerrilla, eran acusados de ser paramilitares y de tener armas escondidas. Las familias acusadas decían con miedo: dígale al hombre que nos inculpa que nos diga

en la cara, donde tenemos las armas. Cuando las discusiones aumentaban los guerrilleros pedían una asamblea de la comunidad que era acompañada por una novilla para todos. Pero no importaba la discusión, porque los guerrilleros siempre se llevaban al menos dos muchachos por la mala y dejaban 3 o 4 milicianos. Entonces por no morir las comunidades empezaron a trabajarles, José Vicente incluso cargó tres veces las encomiendas de la guerrilla. Después vinieron los paramilitares y se incrementó la violencia.

Cuando llegaron los paramilitares hicieron varios retenes que se turnaban con el Ejército. Una vez me pararon, dijeron que yo era guerrillero, “porque todos los indios están con la guerrilla”, a mí no me gustó que dijeran eso y les respondí, entonces dijeron: como usted no nos tiene miedo lo vamos a pelar, y me

sacaron un cuchillo y lo frotaron en mi pecho.

Un día la guerrilla atacó a un grupo del Ejército cerca a la comunidad, por esa razón entraron 300 soldados a Peñas del Olvido, decían: venimos a investigar la muerte de los soldados. La comunidad les solicitó que primero tenían que consultar su entrada, porque en el resguardo la autoridad son los indígenas y no podían ingresar como lo hicieron. A los soldados no les importó las solicitudes de la comunidad, entonces recorrieron el resguardo y acusaron a la comunidad de ayudar a la guerrilla. La comunidad en medio de la angustia replicó: aquí no ayudamos a la guerrilla, aquí la guerrilla pasa por la montaña como ustedes, pero no hay caletas, nosotros no tenemos armas.

Por ese miedo, José Vicente y su familia se fueron a La Dorada, Caldas. Doce familias se desplazaron de Peñas del Olvido con rumbo a La Dorada, allí no duraron mucho y se fueron a Puerto Boyacá, donde encontraron apoyó en la familia Leiva, quien les invitó a la orilla del río. En Puerto Boyacá José Vicente consiguió trabajo y se fue a jornalear durante unos meses en los cultivos de coca en la Serranía de Las Quinchas en el sector conocido como Cielo Roto en la finca Nuevo Mundo.

Cuando José Vicente volvió de la serranía, se percató que Ernestina y el resto de mujeres y niños habían regresado a Peñas del Olvido, porque no amañaron en Puerto Boyacá. Entonces Manuel y José Vicente fueron a buscar a sus familias y las obligaron a regresar a Puerto Boyacá. Esta vez compraron un solar y construyeron un rancho en la orilla del río.

Allí duraron dos años hasta que se inundó el río Magdalena y fueron reubicados por el alcalde Eduardo Álvarez, en una finca que bautizaron como Motordochake, en el sector de Mataratón en la vereda Velázquez.

En Motordochake comenzaron a trabajar y limpiar el bosque. También alambraron los linderos y sembraron plátano, cacao, piña, borojó, chontaduro y maíz, con semilla traída de Peñas del Olvido. Así trabajaron por muchos años en Puerto Boyacá como comunidad embera chamí-katío.

Luego de la muerte del jaibaná Apolinar se fueron al municipio de Puerto Salgar (Cundinamarca). Allí buscaron arriendo por un mes, hasta que la Personería y la Alcaldía Municipal los mandaron a Puerto Boyacá nuevamente. Allí vivieron seis meses hasta

que una pelea entre Dilio Dovigama y Juan Tanigama los separó nuevamente. Fueron a hablar con el alcalde de Puerto Boyacá sobre los problemas y pidieron retorno voluntario al Alto San Juan. El alcalde aceptó y entregó a cada familia viáticos para regresar al Chocó. De ese grupo se fueron 8 familias al resguardo de Peñas del Olvido y empezaron a trabajar la finca, limpiar borojó, platanera, yuquera y papachín.

En Peñas José Vicente recuperó su platanera, yuquera y hasta tuvo reses. También fue cabildo por 8 meses. Entonces, la guerrilla lo llamó a una reunión en la comunidad de Burbata, necesitaban al nuevo gobernador de Peñas del Olvido. Cuando llegó José Vicente había cuatro comandantes de la guerrilla, había marranos y comida, incluso en la comunidad había una tienda, oficina con

computadores y plantas de electricidad. Uno de los comandantes le dijo a José Vicente, yo a usted lo conozco cuando era niño, usted es de las Peñas, usted se fue Boyacá y comenzó a investigar a José Vicente.

El comandante le indicó que en Peñas hay mucho cochino, roban mucho, hay vendedores de bazucó, allá sapearon y mataron a nuestros compañeros, si usted quiere trabajar con nosotros y tener mercado y oficina como acá, necesitamos que me traiga 8 de los cochinos. Como José Vicente se había ausentado durante 12 años, desconocía quienes hacían los males. Cuando regresó a Peñas del Olvido, convocó una asamblea y comunicó lo sucedido en Burbata. Entonces, el antiguo gobernador dijo que no entendía la palabra de José Vicente y que la guerrilla quería embolatarlo por ser nuevo, la comunidad le dijo a José Vicente que

no iban a mandar a ningún muchacho.

Por ese miedo José Vicente y su familia regresaron a Puerto Boyacá, primero llegaron a una finca llamada La Tebaida a pocos kilómetros de Motordochake. Allí comenzaron a extraer carbón vegetal durante cuatro meses, después fueron a la finca Libertad Dos. Allí trabajaron en carbón durante ocho meses, hasta que fueron reubicados en el predio Porvenir en la vereda La Fiebre mientras el INCODER adquiría las tierras y formalizaba un resguardo. Pero después de ocho meses, liquidaron el INCODER y el dueño de la finca solicitó el desalojo, entonces fueron reubicados en Casaloma. Lugar en el que están alojados desde el año 2016, pero no hay suficiente tierra para sembrar, sufren de hambre y algunos jóvenes encontraron refugio en el bazuco.

ERNESTINA BOTOMA (autor Adán Restrepo)

Ernestina nació en el río Lloraudó en la vereda Gito, a sus seis años aprendió los oficios de lavar loza, desgranar y tostar maíz. Cuando tenía nueve, comenzó a moler el maíz y preparar chicha, envueltos de maíz y asar plátano. Su papá se fue a buscar tierra sobre el río Condotó, cerca a la vereda Avelino, allí cultivaron y duraron al menos una cosecha, después regresaron a Lloraudó.

Una vez su papá cayó enfermo por la mordedura de una culebra, a la familia le tocó ir donde Manuel Dovigama, él sabía curar ese mal, se fueron a la vereda Avelino y Manuel se quedó curando al padre de Ernestina. El tratamiento duró dos meses, pero no funcionó y murió. En ese entonces el hermano mayor de Ernestina la entregó al hijo de Manuel, José

Vicente. La pareja primero vivió en Lloraudó, no duraron mucho, porque el hermano mayor de Ernestina los echó, entonces fueron a la vereda Avelino. En el camino, se encontraron a Manuel que estaba alistándose para ir a la vereda Silencio, Ernestina y José Vicente se unieron al viaje, después se fueron a Cuajandó. Entre Silencio y Cuajandó Ernestina tuvo tres hijos, pero dos murieron. Eso la aburrió y se fue con su marido a la finca Agua Bonita, allí tuvieron a su hijo Ferney. Cuando la finca se volvió el resguardo de Peñas del Olvido tuvieron a su hija Erika, Luis Fernando y Jorge Iván.

Cuando llegó la violencia



Ernestina y su familia cogieron camino para La Dorada (Caldas), allí estuvieron hasta que la policía les dijo que iba a venir el ICBF para llevarse a los niños. Por el susto se fueron a Puerto Boyacá y vivieron en la orilla del río Magdalena con la familia de Gerardo Leiva. A Ernestina no le gustó vivir allí, tocaba limosnear para conseguir comida, además los hombres las habían dejado solas mientras trabajaban. Por tanta humillación, decidió irse con otras mujeres al Chocó. Pero sus maridos regresaron por ellas y las convencieron de volver a Puerto Boyacá. Para amañarse decidieron hacer un rancho independiente, después de la compra de un solar en ese barrio.

Ernestina comenzó a gustarle Puerto Boyacá, cuando les salió un trabajo en la Serranía de las Quinchas en la finca Nuevo Mundo, allí

el patrón les dejó cultivar y les entregó una tierrita para ellos, pero mataron al patrón y les tocó volver a la orilla del río. Esta vez solo duraron un año porque pudieron formar la comunidad de Motordochake

BYRON LEIVA (autor Dagoberto Leiva)

Nació en 1975 en Ité Antioquia, creció en medio del desplazamiento forzado, sus padres tenían tierras en Ité Antioquia en los límites entre Remedios y Puerto Berrio. Luego de la masacre de la guerrilla se desplazaron para Medellín, allí duraron dos meses mendigando para sobrevivir y en medio de la tragedia recogieron una plata para irse al corregimiento de Santa Cecilia (Pueblo Rico, Risaralda). Su padre el señor Saulo Dovigama tenía familia y tierra en la vereda Amurrupá.

Una vez que llegaron Saulo tuvo el honor de escoger una parte de la montaña limitando sobre la quebrada Amurrupá, las familias levantaron las casas, y comenzaron a trabajar y cultivar. Allí cultivaron chontaduro, plátano primitivo, banano, cacao y anón. A la tierra la llamaron El Porvenir, comenzaron a talar madera mientras los cultivos se cosechaban para el sostenimiento de las familias pasaron tres meses en ese procedimiento hasta que mataron a Saulo, luego su hermano le rogó a la madre de Byron, Ermilda, que se juntaran a vivir.

Byron, su madre y su padrastro Apolinario se fueron por el río San Juan al Chocó, donde una hermana de Apolinario llamada Amelia. Llegaron hasta el caserío de El Tabor (Tadó, Chocó) y se fueron por el río Anamugra para llegar a su destino. La familia tuvo el honor

de llegar a una montaña en lo alto de la vereda Silencio y duraron cinco meses hasta que dos hijas de Ermilda se enfermaron, por el miedo a la enfermedad se fueron al lugar conocido como Playa de Oro (Tadó, Chocó) y se quedaron en la iglesia mientras el padre y las monjas les ayudaban con la comida y medicina para las niñas.

Ermilda también se enfermó y volvieron al corregimiento de Santa Cecilia que quedaba a poca distancia de la vereda Amurrupá, cuando volvieron se enteraron de que el padre de Ermilda fue asesinado. En Santa Cecilia duraron un año, después se fueron al municipio de Bagadó (Chocó) a talar madera, así permanecieron algunos meses hasta que volvieron a Amurrupá. Pero la violencia de la guerrilla llegó a Santa Cecilia al finalizar la década de 1980 y Apolinario y otras familias

se desplazan, en el camino consiguen trabajo en la cabecera municipal de Pueblo Rico para guadañar potreros de fincas ganaderas.

Después las familias consiguen contratos en la vereda Patevaca en Yacopí (Cundinamarca) que quedaba a escasos kilómetros de Puerto Boyacá sobre el río Guaguaquí. En ese tiempo Jhon Byron tenía la edad de 10 años y comenzó a trabajar en fincas hasta sus 18 años. A los 18 años se casa con Luz

Mery que es hija de Elvia Nacabera quien le mataron a su hijo y marido Juan Tanigama en

Santa Cecilia. Byron llegó a tener una buena amistad con la familia de Luz Mery, por eso cuando pidió su mano, Elvia aceptó entregar a su hija.

Con su esposa Jhon Byron se fue a conseguir trabajo en Puerto Boyacá en los sectores de Laureles y la Ye. Durante el andar tuvieron a su primer hijo Dagoberto y luego se fueron a Puerto Pinzón, Guineal, San tropel y la Corcovada en el municipio de Cimitarra (Santander). En la Corcovada falleció una bebé de Jhon Byron y Luz Mery, por eso volvieron donde estaban el resto de su familia en una

isla ubicada sobre el río Guaguaquí cerca al caserío de Puerto Romero en Puerto Boyacá.



Luego de muchos años el tío de Byron, Gerardo Leiva, los recoge para llevarlos a la finca en el sector de Mataratón y fundan la comunidad de Motordochake Alto Nacaberdua. La tierra era un lugar lleno de rastrojo y parches donde había monte. La comunidad tuvo que comenzar a ordenar el predio, después de ver el cambio Jhon Byron llegó a analizar que era un futuro bueno y hermoso que nunca pensaba que iba a llegar. Hoy en día puede cultivar y progresar con su familia.

En Motordochake se reunieron muchas familias embera y se organizaron en un cabildo y gracias al gobierno se construyó una escuela donde los niños pueden salir adelante. En Motordochake Jhon Byron comenzó a capacitarse para ser maestro jaibaná y participó de viajes y encuentros de maestro espirituales en Chocó, Tunja, Bogotá,

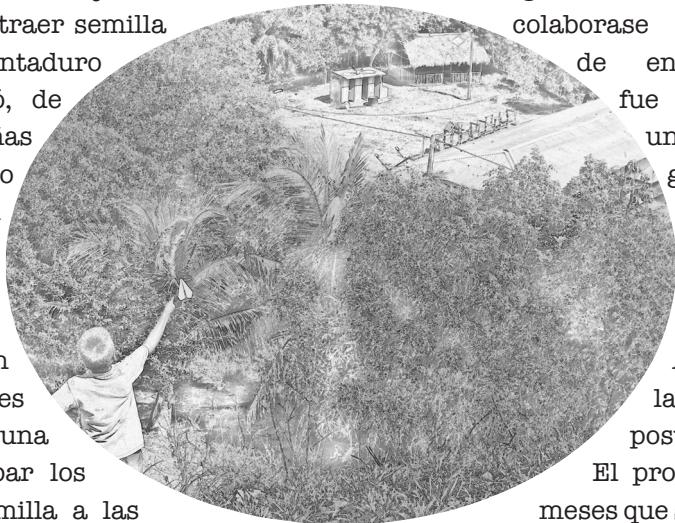
Medellín, Sogamoso, Barrancabermeja, Bucaramanga y Floridablanca.

HISTORIA COMUNIDAD MOTORDOCHAKE (autor Dagoberto Leiva)

Un 25 de octubre en el año 2002 se estableció la comunidad Motordochake Alto Nacaberadua. La reubicación de las familias contó con el apoyo de la Alcaldía que entregó 100 metros de plástico para que se construyeran unos ranchos, mientras se construían las casas de madera. Además del plástico les suministraron alimentación y atención en salud. La comunidad duró seis meses construyendo las casas con madera que fue traída de la Serranía de Las Quinchas por parte de la Alcaldía de Puerto Boyacá. Luego de las casas se adecuó el terreno con un sistema de mangueras y motobombas para

suministrar agua potable a la comunidad.

Ya con la tierra todas las familias comenzaron a cultivar. José Vicente y las familias del Chocó se fueron a traer semilla de piña, borojó, chontaduro y achín de Chocó, de su tierra en Peñas del Olvido. Primero solo sembraron para ellos, pero comenzó a haber problema porque los jóvenes robaban los frutos. Entonces José Vicente hizo una reunión para acabar los robos y regaló semilla a las demás familias y después todo el mundo tuvo sus propios cultivos del Chocó.



Después de haber hecho todo el procedimiento la comunidad duró tres años sin energía eléctrica, por eso la comunidad envió una carta a la gobernación de Boyacá para que colaborase con la instalación de energía. El llamado fue atendido y se hizo una reunión con la gobernación y la comunidad para llegar a un acuerdo sobre el servicio de energía eléctrica. Así comenzaron las labores, trajeron los postes y el transformador. El procedimiento duró tres meses que se complementó con la construcción de la escuela para los niños y niñas. La comunidad quedó tan agradecida

que comenzó a sentir la tierra como propia.

El cabildo electo, Gerardo Leiva, repartió lotes de a dos hectáreas a cada familia para cultivar comida, cada familia sacó productos como yuca, maíz, plátano popocho y achín. Más adelante la Alcaldía colaboró con un caballo y una mula que servían para cargar alimentos. Después la gobernación entregó a la comunidad reses de ordeño. Todo iba muy bien, hasta que asesinaron al jaibaná y las familias katío y chamí se separaron. Entonces, se vendieron las reses para evitar problemas, los katío cogieron para Puerto Salgar y los chamí se quedaron en Motordochake. Sin embargo, los chamí abandonaron Motordochake momentáneamente, porque la muerte de un jaibaná liberó muchos jais malvados que podían enfermar a los niños, niñas y adultos. Entonces, las familias chamí, hablaron con el

alcalde Fernando Rubio para que buscaran un jaibaná que lograra recuperar y controlar los jais del finado Apolinar para volver a Motordochake y no abandonar la tierra. El alcalde buscó un jaibaná de Risaralda que hizo las debidas ceremonias y curó la tierra de los jais o espíritus. Después los katío se fueron definitivamente al Chocó y Risaralda, Motordochake quedó con muy pocas familias.

Después llegaron proyectos para rescatar los usos y costumbres, la comunidad eligió seis personas que se capacitaron durante tres años con las plantas y espíritus. Los conocimientos fueron transmitidos por jaibanás del resguardo de Cristianía del municipio de Jardín y Andes (Antioquia). También vino una mujer jaibaná de Peñas del Olvido que es la madre de un miembro de la comunidad.

CARLOS LEIVA (autor Dagoberto Leiva)

Carlos Leiva nació en 1987 en Santa Cecilia Risaralda, él creció en medio del desplazamiento y fue criado por su tía Ermilda, llegó a crecer en la finca La Florida, trabajando con su familia. Después se fue, del pie de su familia, para trabajar y progresar solo. Tuvo el honor de coger destino hacia Cimitarra (Santander) para trabajar limpiando potreros y cultivando maíz, arroz y ajonjoli. Después llegó la guerrilla del río Carare (Santander), entonces se fue a la vereda La India en Cimitarra. Una vez, a la vereda llegó la Cruz Roja para ayudar a las víctimas del conflicto con comida, todo eso lo aburrió y tan solo duró un mes, después cogió destino a Puerto Romero. Allá trabajó volviendo rula, bien duro, como un año. Después se fue al pueblo de Puerto Boyacá,

allí Carlos se quedó con la abuela Belarmina Nacabera tres años a punta de hacer y vender escoba para sobrevivir.

Carlos se separó de la abuela y cogió destino hacia el corregimiento de Puerto Pinzón, allá trabajó por muchos años hasta que escuchó la noticia que su familia formó una comunidad y tuvo el honor de llegar a Motordochake. A sus 15 años Carlos conoció su primera pareja, Doreliza, pero no fue una decisión propia, se unieron por consejo de la comunidad, pero después de unos meses a Carlos no le pareció buena pareja. Entonces, se separaron y Carlos se fue a Antioquía a trabajar volviendo rula y guadañando potreros, al cabo de unos meses volvió se fue a la vereda La Pizarra, en Puerto Boyacá, para fumigar potreros. Después de ocho meses trabajando en diferentes haciendas, tuvo el honor de regresar a

Motordochake y juntarse con Luz Cely, que es la hija de la primera mujer de Carlos, hoy tienen cinco hijos.

Carlos y Luz Cely se fueron a Risaralda a trabajar en cafetales por ocho meses. También trabajaron en cultivos de tomate y después en una cafetería en Pereira. Cuando volvieron a Motordochake, hubo muchas dificultades con la mamá de Luz Cely, por eso se separaron un tiempo. Entonces Carlos le pidió a la comunidad que le diera consejo a Doreliza para que no molestara a su nueva pareja. La comunidad aconsejó y la señora se quitó esa fiebre de encima y se calmó. Después

Carlos construyó una casa con Luz Cely en Motordochake y comenzó a cultivar.



Carlos opina que los trabajos en haciendas ganaderas de Puerto Boyacá, come mucho tiempo y no deja que los indígenas se ocupen de sus propios cultivos en Motordochake. A pesar de eso, en ocasiones hay tiempos de escasez, las cosechas no prosperan y deben emplearse en las haciendas ganaderas cercanas a Motordochake para conseguir su sustento. Pese a las dificultades, Carlos prefiere mantener sus cultivos antes que perder años en la finca de un patrón, puede que el lotecito en

Motordochake se demore en dar frutos, pero es propiedad, de su familia. Por ejemplo, La

piña se vende en los mercados campesinos que organiza la Alcaldía, a veces cada familia de Motordochake alista tres bultos de piña y todo se vende. Motordochake está inundado de piña, cacao y achín. En cosecha de piña Carlos y Luz Cely sacan de 8-12 bultos, pero no siempre se vende, a veces se cambia por leche y otras cosas a los finqueros de la vereda, porque por acá nadie siembra piña.

A Carlos Motordochake le parece un buen lugar, hay comida y fruta, están tranquilos y seguros, pero la tierra es muy pequeña y no es muy fértil. Por eso, él piensa que cuando crezcan sus hijos, no habrá suficiente tierra para todos. También está el problema de la propiedad, la Alcaldía no quiere legalizar la propiedad como un resguardo, es decir, estamos en una tierra prestada.

ÓSCAR CERINZA

Yo soy de la vereda Guarato, pero en ese tiempo no había organización, apenas estaba comenzando a formarse la comunidad. A mi papá no lo conocí, mi mamá decía que lo mataron en una pelea entre mismo embera. Yo crecí con mi tío, hasta que la guerrilla lo mató, en ese entonces tenía como 13 años. Lo mataron porque le dijo a la policía que había gente con camuflado echando baño cerca de la comunidad, entonces la policía fue, pero los guerrilleros los anticiparon y les dieron de baja. Cuando se enteraron de que mi tío había dado aviso a la policía, lo dejaron muerto en la carretera. Por eso me aburrí de la violencia y me vine a Santuario (Risaralda) a coger café. En los cafetales me encontré otro embera que me dijo que en Puerto Boyacá había mucho trabajo, pero también me advirtió que había

paraco y mataban mucho.

Yo llegué a Puerto Boyacá como a las dos de la mañana, a esa hora vi que había mucho embera en el parque principal, hablé con uno de ellos y me salió trabajo en la hacienda Brisas de Palagua que quedaba cerca de la ciénaga de Palagua. Allí había mucho embera trabajando, había bastante de Chocó, éramos como 80 trabajadores, allá trabajé como cuatro años y después salió trabajo acá cerca lo que es ahora Motordochake, en la hacienda Triple G.

En ese tiempo andaba mero paramilitar, ellos nos paraban y preguntaban ¿de dónde viene?, yo les dije que venía de Risaralda, ¿qué si ya conocía la región?, ¿dónde quién iba?, a lo último no me preguntaron más. Estaban armados con camuflados, la primera

vez que los vi pensé que eran policías, tenían una camioneta cuatro puertas lleno de gente armada, y cada ratico venían subiendo. La patrona me dijo esos no son policías, son meros paras.

Un día me iban a matar, antes era toma trago y una vez me quedé embalado, sin plata, en el pueblo, entonces me tocó caminar a la hacienda Triple G, como 35 kilómetros, fueron como ocho horas caminando en la noche. Cuando llegué, me quité zapatos, me bañe y observé una moto que entró y como a los 10 minutos se fue. No le di importancia y me dormí. Cuando amaneció, el patrón dijo que se robaron una guadañas y motosierras, yo le comenté lo que vi, entonces el patrón se comunicó con los paramilitares.

A los días, vino una cuatro puertas lleno de

paras, nos reunieron a los doce trabajadores, dijeron: ¡no me trabaja ninguno, se quedan quietos! y tranquilos que ya arreglamos con su patrón. Duramos como una semana quietos, me dijeron: vea muchacho lo que tenga usted robado tiene que sacarlo de su caleta, si no me trae eso mire, y me saco una pistola, entréguelo de una vez decía. Me querían asustar, me pidieron la cédula y verificaron que fue expedida en Puerto Boyacá, entonces se dieron cuenta de que ya llevaba muchos años por acá, ya conocía la región y sus reglas, por eso me dejaron ir.

Después de eso le dije al patrón que me diera la plática que me tenía guardaba, él me aconsejó que no me moviera, me dijo: yo no lo culpo, pero si esa gente ve que usted se va, se ponen a buscarlo. No hice caso y me fui a Risaralda por un año. Para esa época ya

sabía de las familias de la orilla del río, por eso cuando volví de Risaralda fui a buscarlos, pero no había nadie, me dijeron: esa gente se fue a una finca al lado de la hacienda Triple G, entonces me fui tras de ellos. Al principio me dieron posada y después comencé a vivir con Doreliza, construí una casa y ahora tenemos cinco hijos.



HISTORIA DORELIZA

Mis padres son de Alto Carena, mi papá tenía tierra en Bachichi, eso es a tres horas de camino de Santa Cecilia. Cuando niña yo no sabía que era vivir en comunidad, mi papá no vivía así, él era un andariego, no tenía lugar fijo, íbamos al pie de él. Nosotros caminábamos mucho y por eso sufrí de niña, yo le decía que me mareaba por el sol, y él respondía: váyanse de aquí que ya no los quiero. Mi mamá nos daba pura chicha, harina de maíz y plátano, en esa época nosotros no enfermábamos. Ahora es diferente, los niños se la pasan enfermos, creo que es por la grasa, imagine que yo vine a conocer el aceite en Motordochake, antes solo era la grasa del ganado o marrano, puro cebo, esa era mi manteca.

Cuando tenía los catorce años me entregaron

a mi primer marido, y me fui a la vereda Amurrupá, pero no duró mucho esa unión, porque a los tres años lo mataron en Apía (Risaralda), él se había ido en busca de trabajo y no volvió. Él era el hijo mayor de Juan Celestino Leiva, la que mataron en Ité. Después de la muerte de mi marido, me junté con mi cuñado Luis Fernando, la familia no quería que me cogiera un hombre desconocido, porque después podía tratar mal a los hijos del finado, para ese entonces ya tenía dos hijas, entonces anduve con Luis Fernando.

Yo llegué a Puerto Boyacá con Luis Fernando, pero el que nos guiaba era su tío, Gerardo Leiva. Primero fue Gerardo a visitar a su Ermilda que ya estaba instalada en Puerto Pineda. A Gerardo le pareció un buen lugar, por eso cuando se armó un problema en Santa Cecilia todos nos vinimos a Puerto Boyacá.

Una vez en Puerto Boyacá mi marido, Luis Fernando, logró conseguir un trabajo en Puerto Romero limpiando potreros. Pero no duró mucho, entonces le tocó seguir buscando trabajo donde saliera, pero no volvió, me desaparecieron a mi marido en Puerto Boyacá, entonces me quedé sola, como una arrimada en la familia de Gerardo. Después nos fuimos a la orilla del río en el barrio Brisas del Magdalena, eso era una invasión grandísima y había puro desplazados por la violencia. Eso hacían reuniones para las víctimas y yo comencé a ir a cuenta evento



hacían, incluso ingresé en un programa de vivienda de la Red de Solidaridad. En ese barrio sufrimos mucho, lavaba ropa, hacía escobas y mandaba mi hija a mendigar, porque no teníamos para comer. Después, como una suerte, salió la finca de Motordochake, primero hicimos un rancho con iraka y plástico. Después me junté con Óscar y él construyó nuestra casa en madera.

Como dije al principio, yo no sabía que era vivir en comunidad, eso lo aprendí en Motordochake, una de las primeras cosas que hicimos fue organizar la guardería. Yo fui la primera encargada, pero eso no duró porque

había mucho problema, los niños peleaban entre ellos y no hacían caso y como uno no es la mamá, no puede castigar, porque si lo hace hay problema entre las madres.

MILENA ANTIVIA (autor Adán Restrepo)

Yo nací en el resguardo de Peñas del Olvido, fui criada por mi padre Fermin Antivia. Mi mamá estaba muy enferma y murió cuando yo era niña. A los seis años, le ayudaba a mi madrastra a traer agua del caño, lavar loza y ropa. A partir de los nueve años, mi padre me entregó al señor Bernardo Restrepo para que nos casáramos cuando fuera mayor. Entonces, me fui a la casa de Bernardo Restrepo, que ya estaba casado, su esposa me enseñó los oficios de la casa.

En esa época yo no sabía que era un marido,

yo lloraba con mucho odio. Mi papá me pegaba y castigaba, porque yo no quería irme con ese señor. De todas maneras me entregaron y dejaron donde Bernardo en la vereda Bajo Gito. Allá hay una comunidad más grande que Peñas del Olvido, son como 50 casas. Allá no entra ni carro ni moto, porque está sobre una pendiente. Por eso todos llegan a pie desde la carretera que son 15 minutos.

Como el señor Bernardo tenía otra señora, fue ella quien me mandó y enseñó de trabajo, pero me maltrataba. En esa época, yo no sabía, no tenía pensamiento, no tenía idea de cómo tener hijos, cómo sostener y manejar un marido, yo vivía como loca y antes el señor Bernardo, más celoso, me pegaba y maltrataba.

Después de tener mi primer periodo, me demoré muchos años para quedar

embarazada, no sé que pasó, porque apenas después de eso todas las mujeres embera quedan embarazadas ahí mismo. Dure mucho tiempo sin hijos, hasta que cumplí 20 años. Por eso, me decían que estaba enferma y loca, no me respetaban. Cuando cumplí 16 años nos casamos con Bernardo en la iglesia de Santa Cecilia. A pesar de casarnos, mi marido seguía pegándome y maltratándome, mejor dicho. Después fue cuando vino gente del monte, me decían: ¿por qué me aguantaba el maltrato?, entonces, me aconsejaron y decían que me fuera con ellos. Me convencieron, duré como tres meses con esa gente, fui muy lejos por allá por Sabaleta, Conondo, Rio Sucio, Río Negro, todo el río Atrato, mejor dicho. Pero no me gustó esa vida, entonces decidí volarme. Una compañera me dijo: cuidado porque se la ven escaparse la matan, entonces yo pensé y esperé.

Finalmente, cuando fuimos a Conondo, me pude volar con dos compañeras, pero a ellas no alcanzaron y las mataron. Entonces llegué al camino de La Unión y como tenía el número de celular de mi papá, llamé, me recogió y llevó a Peñas del Olvido. Yo pensaba que mi papá me iba a regañar y pegar por irme con esa gente, del miedo casi no lo llamó, por eso pensé en irme al pueblo y trabajar en la cocina, trapeando, ya en ese tiempo tenía pensamiento.

Cuando regresé a Peñas del Olvido, mi papá escuchó que esa gente del monte me estaba buscando, yo tenía miedo, pero no pasó nada. Yo duré soltera en Peñas como un año, no quería saber nada de tener marido. Un día vino un señor y mi papá pensó entregarme a él. A pesar de que era joven, yo no quería estar con ningún hombre.

Después regresó la gente del monte, estaban buscando personas que supieran español, yo pensé en volver, porque sabía hablar, escribir y leer español, porque Bernardo era profesor y se encargó de enseñarme toda la primaria, después estudie con una profesora negrita hasta octavo. Como estaba diciendo, los del monte llegaron a buscar gente, esa vez mi papá me aconsejó que no me fuera, porque no quería perderme otra vez. Para alejarnos de esa gente, pensamos ir a Puerto Boyacá, allá ya estaban las familias de Manuel, ellos decían que estaba como bueno, además mi papá ya conocía esa región cuando joven, pero como no volvieron a molestar los del monte no fuimos a Boyacá. Como le estaba diciendo antes, yo no quería tener marido, eso de estar encerrada y tener familia con un mal marido no quería volver a vivirlo, yo pensaba estudiar, mi papá me pensaba matricular en

Guarato para terminar el bachillerato.

Después vino un mensaje ¿qué no sé qué?, que le mandan muchos saludos y yo pregunto ¿quién mando?, me dijeron eso fue Bernardo. Yo respondí los mensajes con rechazo, no quería volver a ser maltratada. Después Bernardo le dio mercado a mi papá, eso me molestó, le dije: papá usted me va a traicionar otra vez, desde que era pequeña usted me hizo sufrir y no voy a dejar que eso pase de nuevo. Él me dijo: pero usted y Bernardo se casaron por la iglesia, ¿cómo se va a divorciar?, yo le decía que no me importaba.

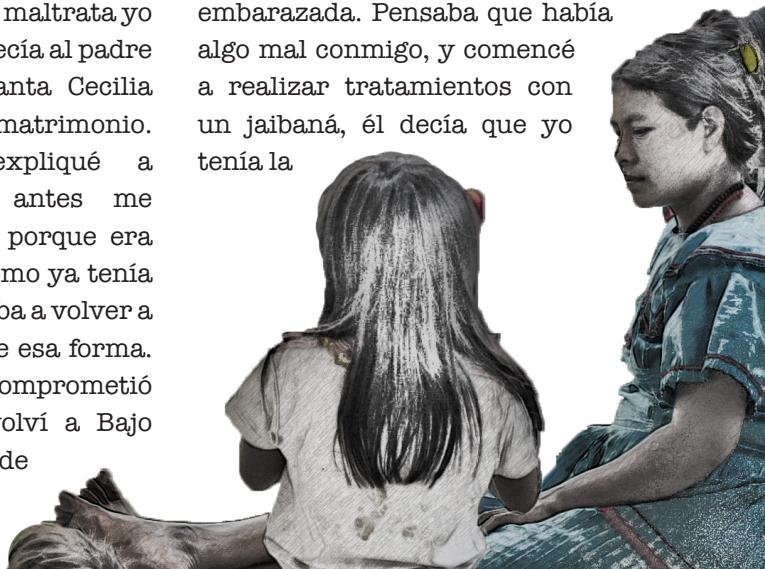
Después Bernardo mandó una carta y dinero, pero yo no quise recibir nada, le respondí con una carta que decía que no quería volver a saber nada de él y le devolví la plata. El mensaje lo traía una prima de Bernardo que

vivía en Peñas, ella también decía: ¿cómo así? ¿no va a volver con Bernardo, se le olvidó el matrimonio?. Un año después Bernardo seguía mandando cartas, después de muchos mensajes, comencé a pensar el regresar con él, pero con la condición de que si me maltrata yo me iba y además le decía al padre de la iglesia de Santa Cecilia que acabará el matrimonio. También le expliqué a Bernardo que antes me dejaba maltratar, porque era una niña, pero como ya tenía pensamiento no iba a volver a dejarse tratar de esa forma. Bernardo se comprometió a cambiar y volví a Bajo Gito con él. Desde entonces ha cumplido su



palabra, no me volvió a tratar mal, cambio mucho.

Cuando regrese a Bajo Gito, duré con Bernardo dos años, pero fue extraño porque no quedaba embarazada. Pensaba que había algo mal conmigo, y comencé a realizar tratamientos con un jaibaná, él decía que yo tenía la



sangre muy simple, pero ningún tratamiento me sirvió y seguía sin tener hijos. Entonces me fui al hospital de Pereira, ahí también me dijeron que tenía la sangre muy simple y me internaron un mes, todos los fines de semana Bernardo me visitaba, en el hospital me dieron como cinco bolsadas de sangre, o transfusión que llaman, era pura sangre de kapunía (blancos). A lo último me dijeron que ya estaba bien, y fue verdad, porque a los meses tuve a mi primer hija Melba.

En Bajo Gito tuvimos dos hijas, pero nos fuimos después que la gente del monte amenazó a Bernardo. Todo comenzó cuando desapareció el hijo mayor de Bernardo, cuando él se puso a investigar la muerte de su hijo se dio cuenta de que la guerrilla lo había matado. Entonces puso la denuncia en la fiscalía, y como la gente es muy chismosa, le dijeron a la

guerrilla. Después de eso nos tocó irnos. A mi papá también lo amenazaron por culpa mía, si no paga la mujer, paga el suegro, entonces nos dio miedo a muchas familias, porque esa gente no anda con cuentos.

Nos fuimos 19 familias a Puerto Boyacá, todos eran familia de Bernardo, los hombres decidieron ir a Boyacá, porque los mayores decían que era una tierra con trabajo y de los pocos lugares donde no había guerrilla. Llegamos al parque y después nos mandaron a la Defensa Civil, allá nos quedamos como por 20 días. Después la envidia decía de la gente decía: ¿por qué les dan mercado a esas familias? y comenzaron a decir que no éramos víctimas, que todo era mentira. Entonces la Alcaldía dijo que regresáramos a Risaralda y nos obligaban a regresar, decían que nos iban a quitar a los bebés, mejor dicho. La mayoría se

devolvieron y se fueron a sufrir a Pereira. De ese grupo nos quedamos tres familias, porque mis tíos Dilio y José Vicente nos recibieron en Motordochake. Ellos sabían que no podíamos regresar y hablaron en la comunidad para que nos recibieran.

En Motordochake duramos como tres años, pero como habíamos muchas familias en un pedacito de tierra, se formaron chismes y problemas, por eso mis tíos dijeron: mejor vámonos, y retornamos a Risaralda. Cuando regresamos a Bajo Gito, otra vez se formaron chismes, decían que los guerrilleros iban a matarnos, a llevarse a mis hijas, entonces por no escuchar tanta bulla le dije a mi esposo que nos fuéramos. Además, la tierra en Bajo Gito es muy fea, hay mucho pantano y llueve todo el tiempo, por eso las niñas se enfermaban.

De ahí nos fuimos a Pereira, allí duramos como un año, en esa época fue que declaré lo de víctimas, eso fue en el 2012. Unas paisanas me habían dicho que para declarar tocaba ir a la UAO (Unidad de Atención y Orientación al desplazado), pero no me explicaron bien que era eso. Entonces me fui a la oficina para mirar que tenía que hacer. Cuando fui la señora de la oficina me dijo si usted va a declarar tiene que ser la verdad, porque si no declara bien la mandamos a la cárcel. Entonces yo le conté la historia que dure tres meses en guerrilla cuando era niña y que habían amenazado a mi familia, me pidieron mis datos, dónde vivía. Después de eso dijeron que entre tres meses me iban a llamar, y verdad, me llegó un mensaje llegó para cobrar un dinero. Al principio yo pensaba que era mentira, de todas maneras solo una vez me dieron dinero, nunca más salieron con nada, eso fue como si

nunca hubiese declarado. La última vez que fui, me dijeron que me iban como a liquidar, que necesitan la cédula de mi hermano Andrés que yo crie y por eso él sale en mi declaración, pero como él ya es un hombre y vive en el Chocó es difícil ubicarlo, por eso no he podido hacer las vueltas de las víctimas.

Después de Pereira, volvimos a Puerto Boyacá a la Tebaida, llegamos a sufrir porque no hemos tenido un territorio y hemos cultivado bien. Tan solo trabajamos sacando carbón y eso nos ha enfermado a todos nosotros.

ADÁN RESTREPO (autor Adán Restrepo)

Hola mi nombre es Adán Restrepo Guasiruma yo crecí en el resguardo Gito Docabú que queda cerca al corregimiento de Santa Cecilia (Pueblo Rico, Risaralda), nací en un lugar llamado La Escuela en el año 1993. Mi madre es Mariana Guasiruma Nequita, mi padre Bernardo Restrepo Serna y tengo cuatro hermanitas. Cuando tenía cinco años, iba a la selva con mi madre, traíamos leña, comida y todo lo que nos brindaba la selva. A los seis años, ingresé a la escuela indígena Bajo Gito, la jornada era de 7.00 de la mañana a medio día, allí hice la primaria.

Desde niño me ha gustado el estudio, además mi padre es docente, por eso cuando terminé la primaria me matricularon en La Institución Intercultural Docabú en el año 2005. Allí la

jornada era hasta las cuatro de la tarde, todo el día en el colegio. El colegio está retirado de la vereda Bajo Gito, para estudiar tenía que levantarme a las tres de la mañana, eso de estudiar es un sacrificio. Así duré seis meses, cuando llegó la ruta escolar, pude dormir una hora más y me levantaba a las cuatro para llegar a las seis de la mañana al paradero de la ruta. En el colegio duré tres años, hice hasta octavo, pero todo cambio cuando amenazaron a mi padre y nos tuvimos que desplazar a Puerto Boyacá, eso fue en el 2009. Nos vinimos 19 familias de Gito Docabú por la guerra.

En Puerto Boyacá nos quedamos en la Defensa Civil, el alcalde nos dijo que era mejor que nos regresáramos, porque no había espacio para más indígenas en el municipio. Tan solo tres familias se fueron a Motordochake, entre ellos mi padre y las dos esposas que tenía.

En Motordohake solo dure unos meses, no amane porque la tierra era muy pequeña y ya había muchas familias, no había tierra para más personas, me puse a trabajar para poder regresar a Risaralda. Yo me devolví con mi madre y nos fuimos a mantener los cultivos en Bajo Gito, por todos esos andares, me tocó dejar el estudio al menos un año.

En Risaralda comencé a estudiar todos los sábados en un colegio de la vereda Marruecos, en un año terminé noveno y décimo. Cuando terminé décimo, fui a visitar a mi padre en Motordochake y conocí a una muchacha lo más de bonita, Erika Dovigama. Al verla, hablé con mi padre para que habláramos con los padres de Erika y decirles mi interés por su hija, ellos me dijeron que si Erika me aceptaba, ellos autorizaban la unión. Un mes de abril del año 2012, nos casamos en matrimonio

civil en Puerto Boyacá. Cuando nos casamos retome mis estudios en la Institución Educativa del corregimiento de Puerto Pinzón (Puerto Boyacá) y también trabajaba en las fincas para sostener a mi esposa, que también estaba estudiando en Puerto Pinzón y cursaba grado séptimo. Cuando terminé mis estudios y logré ser un bachiller, hubo un problema en la convivencia de Motordochake, por eso la comunidad se separó y unas familias nos fuimos para el resguardo de Peñas del Olvido (Tadó, Chocó). En Peñas el tío de Erika era el



docente de la comunidad, como él sabía que era bachiller y era buen estudiante, me ayudó para conseguir trabajo de docente en la comunidad. Primero me contrató la Diócesis, después me contrató la Organización Regional Embera Wounaan (OREWA).

En ese tiempo también ayudé a Erika para que terminase los estudios que interrumpió cuando nos fuimos de Motordochake. Yo tenía una motico y llevaba a Erika al colegio que quedaba en Santa Cecilia. Me gustaba mi vida como docente, salíamos con Erika a

pasear en la moto, pero todo cambió cuando comenzó a investigarme la guerrilla, eso fue el ELN. Además comencé a tener problemas con personas de la comunidad de Peñas del Olvido, decían que no trabajaba bien y que no cumplía, pero mentira, es que la gente es muy envidiosa. Decidimos con Erika irnos a Puerto Boyacá, otra vez, primero fue ella yo me quedé a cobrar el último sueldo como docente y nos encontramos.

Antes que nosotros mi suegro José Vicente y las familias de su padre y hermanos ya se había desplazado a Puerto Boyacá, también por problemas con la guerrilla, ellos llegaron a la vereda La Tebaida, eso es cerca de Motordochake, allí un finquero nos había dejado vivir mientras le ayudábamos a tumbar un bosque. Así el finquero podía tener sus potreros de ganadería y nosotros sacábamos

carbón de la madera, hay comenzó nuestra vida de carboneros. Allí duramos como ocho meses.

Después llegó el candidato a alcaldía Botero a hacer campaña, él se reunió con nosotros y decía que quería apoyarnos. Los líderes de la comunidad, le dijeron que necesitábamos una tierra propia, y nos dijo pero quién está vendiendo, en ese momento el finquero que nos dejaba sacar carbón dijo: si es para los indígenas yo le vendo 40 hectáreas. Botero dijo: yo me comprometo en comprar 12 hectáreas si era alcalde, por ahora vallan al predio que yo lo compró después. Entonces el finquero nos dejó quedar en dos hectáreas de la finca Libertad Dos, allí vivimos como 10 meses, esperando que nos compraran las 12 hectáreas, porque Botero ganó la alcaldía.

En esa finca también sacamos mucho carbón, pero sufrimos mucho, los niños enfermaban y no podíamos cultivar. Entonces llegó un funcionario del Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (INCODER) y dijo que no se podía adquirir esa finca, porque no tenía fuentes de agua. Entonces, nos dijo que tenía un amigo coronel que vendía una finca cerca de la quebrada La Fiebre, eso es en la Serranía de Las Quinchas. Los líderes de la comunidad fueron allí, y les pareció buena idea el cambio, entonces nos fuimos todos para allí, fueron como ocho meses, hasta que el dueño dijo que nos fuéramos y solicitó un desalojo, decía que el gobierno no le gusta negociar rápido y estaba cansado de esperar la compra, ya en esa época el INCODER dejó de existir y quedamos sin ilusión.

Después nos tocó vivir en Casaloma, eso es

una finquita de 11 hectáreas que queda cerca al casco urbano de Puerto Boyacá, llegamos en el año 2016 y seguimos sufriendo desde entonces. A pesar de los problemas en el año 2018 me casé con Erika en la iglesia San Pedro Claver de Puerto Boyacá. Con Erika tenemos dos hijos y nuestro gran sueño es que nuestra familia logré tener un territorio propio.